

Volumen X

Julio 1.º de 1914

Número 96

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
Imprenta Eléctrica. 168, calle 10
MCMXIV

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, julio 1.º de 1914

HAMLET Y DON QUIJOTE

A principios del siglo décimo séptimo y en el mismo año, publicáronse la primera edición de la tragedia *Hamlet*, de Shakespeare, y la primera del poema de Cervantes, *Don Quijote*.

La imaginación se complace en evocar la imagen de los dos poetas contemporáneos, muertos el día mismo, el 26 de abril de 1616.

Todo hace suponer que Cervantes no conoció a Shakespeare, pero el gran trágico pudo leer, en su retiro de Strafford, donde pasó los tres últimos años de su existencia, la célebre novela española, ya vertida al inglés.

¡Shakespeare leyendo el *Don Quijote*! ¡Qué asunto para trasladado al lienzo por artista pensador!

La aparición simultánea de *Hamlet* y de *Don Quijote* es significativa: estos dos tipos son el anverso y el reverso de la naturaleza humana, los dos polos del eje sobre el cual gira aquélla.

¿No pertenecen más o menos todos los hombres a uno de aquellos dos tipos? ¿No tenemos todos y cada uno algo de don Quijote o de Hamlet?

Cierto es que en los actuales tiempos abundan más los Hamlets que los Quijotes, pero los últimos no han desaparecido completamente; y es que siempre habrá dos maneras de concebir el ideal: la una lo coloca fuera de la naturaleza humana; la otra, dentro; o es el yo el preferido, o algo ajeno al yo lo estimado.

Contenido

<i>Hamlet y Don Quijote</i>	IVAN TOURGUENEFF
Cortas y largas.....	R. M. CARRASQUILLA
Análisis literario de un soneto.....	PACIFICO CORAL
Poema de amor.....	EMILIO ARIAS MEJIA
<i>Lecciones de Metafísica y Ética</i>	JOSÉ MANUEL MANJARRES
El nuevo libro.	
Acontecimiento filosófico.....	FRANCISCO M. RENJIFO
Dos núevos doctores en jurisprudencia.	
Notas bibliográficas.	
Algo sobre criollismo.....	J. A. GUTIERREZ PEREIRA
La Eucaristía.....	T. GUTIERREZ CALDERON



Estas dos maneras de concebir el ideal, que, en la vida, pueden sucederse en el mismo hombre, se encarnaron en dos tipos opuestos: Hamlet y don Quijote.

I

Desde luego hay que dar de lado con la manía de no ver en el hidalgo manchego más que al caballero de la Triste Figura, personaje creado con el fin de ridiculizar los libros de caballería.

Sabido es que la importancia de ese personaje subió de punto bajo la mano de su inmortal creador, y que el don Quijote de la parte segunda—el amable interlocutor de duques y duquesas, el sabio mentor de su escudero—nada tiene que ver con el don Quijote de la parte primera de la novela, el extravagante y ridículo don Quijote del principio, cuyos tajos y cintarazos constituyen el pan de cada día. Para comprenderlo, es preciso identificarse con el espíritu del libro.

Es don Quijote, sobre todo, el emblema de la fe, de la fe en algo eterno, inmutable, de la fe en la verdad superior al individuo, de la verdad que no se revela a él fácilmente, que exige un culto y sacrificios, y no se da sino tras larga lucha y una abnegación sin límites.

Don Quijote está todo él impregnado del amor del ideal, y para conseguir este ideal, está pronto a arros-trar todas las privaciones, todas las humillaciones, a sacrificar su existencia, que, por otra parte, sólo tiene para él un mérito, el de ser el vehículo que le permite perseguir el ideal, apropiárselo y hacer triunfar la verdad y la justicia en la tierra.

¿Qué importa que a don Quijote le inspirara tal ideal el fantástico fárrago de los libros de caballería—que precisamente forma la parte jocosa de su carácter,—si supo desembrollar la idea pura de toda mezcla y conservarla en su integridad?

A don Quijote le habría parecido indigno vivir para sí, cuidar de su persona. Vivió todo entero, si me es

permitido expresarme así, fuera de él, para los demás, para sus hermanos, para extirpar el mal y combatir las fuerzas enemigas del hombre, los gigantes, los encantadores o digamos los opresores de los débiles.

No hay en don Quijote traza de egoísmo; nunca piensa en sí; es todo abnegación y sacrificio; en una palabra, cree, tiene fe y avanza sin mirar hacia atrás ni una sola vez. Por eso es intrépido y paciente, y come poco y mal, y viste míseramente. Ni siquiera tiene conciencia de sus necesidades.

Humilde de corazón, alienta un alma grande y heroica. Su abnegación no menoscaba su libertad; nada vano, no por eso duda de sí, ni de su cometido, ni aun de sus fuerzas físicas; su voluntad es inquebrantable.

Esta tensión continua hacia el mismo hito da uniformidad a su pensamiento, hace exclusivo su espíritu; su saber es limitado, pero él no tiene necesidad de ampliarlo, porque sabe lo que le importa saber, cómo obrar, y el cometido que ha de cumplir. ¿Qué más necesita?

Puede el hidalgo manchego parecer loco rematado, pues la realidad más palpable se derrite como la cera al calor de su entusiasmo y se desvanece. Para él, los muñecos de palo son moros terribles, los conoce claramente, como toma por caballeros armados de punta en blanco a los rebaños de mansos corderos.

En ocasiones don Quijote parece una medianía por su lentitud en compadecer o en alegrarse; y es que se le hace difícil pasar de un objeto a otro; semeja un árbol secular al cual sus profundas raíces no permiten mudar de sitio.

Don Quijote no es libre de variar de opiniones, y la firmeza de un sér moral da fuerza y grandeza notables a sus ideas, a sus palabras y a toda su persona, a despecho de las humillantes y grotescas situaciones en que cae constantemente.

El héroe de Cervantes es un apasionado, un fanático, el servidor de una idea que lo envuelve en su brillo.

II

Hamlet es, ante todo, el análisis y el egoísmo, y aun diré la incredulidad. Sólo vive para sí, es egoísta, y como tal no puede creer en él, por la razón de que el hombre no puede creer más que en lo ajeno y superior a él.

Con todo eso, el yo, en el cual Hamlet no cree, lo subyuga; es un centro al cual vuelve constantemente, porque no halla en este mundo nada a qué aficionarse con toda su alma.

Aquel escéptico está incesantemente ocupado en su propia persona; piensa continuamente en su situación no en sus deberes.

Hamlet, que de todo duda, no se compadece de sí; su espíritu es demasiado sutil para poder contentarse con lo que en sí halla; reconoce su debilidad, y se complace en flagelarse, y exagera sus faltas, se estudia sin cesar, penetra eternamente en su alma, conoce sus debilidades hasta en sus más mínimos ápices, y las desprecia, y se desprecia, y a la par vive y se alimenta de este desprecio. Y es que toda conciencia de sí mismo es una fuerza: de ahí la ironía de Hamlet que forma tan marcado contraste con la ardiente fe de don Quijote; de ahí también las contradicciones de Hamlet; el cual no cree en sí, y, sin embargo, es vanidoso; no sabe qué quiere, ni su vida tiene objetivo alguno, y no obstante está apegado a la vida.

—¡Oh! puede exclamar Hamlet, ¡derríbese y evapórese como el rocío esta excesivamente robusta carne! ... ¡Oh! ¡si el Eterno no hubiese condenado el suicidio! ¡Oh Dios! ¡Cuán fastidiosas, añejas, sosas e inútiles me parecen todas las costumbres de este mundo! ¡Oh vida asquerosa! ¡huerto inculto donde las plantas traen simiente, conjunto de cosas ásperas y groseras!

Pero Hamlet se guarda de sacrificar esa vida fastidiosa y gastada; sueña todavía largo tiempo en el suicidio, antes de la aparición del espectro de su padre, mucho antes de ser investido del terrible ministerio que ha de aniquilar su ya quebrantada voluntad;— y a pesar de todo no se mata.

El amor de la vida se abre paso hasta en sus pensamientos de suicida. Todos los mozos de dieciocho años conocen eso.

“Es la sangre que hierve, la savia que se desborda.”

Sin embargo, no hemos de mostrarnos excesivamente severos con Hamlet; padece, y sus padecimientos son más dolorosos y más punzantes que los de don Quijote. Si al hidalgo manchego, después de haber libertado a algunos cautivos, éstos lo maltratan, y groseros pastores lo aporrean a porfía, Hamlet se maltrata a sí mismo y se desgarras; también él empuña una espada, la espada de dos filos del análisis.

Hay que convenir que don Quijote es ridículo; su figura es quizá la más cómica de cuantas han inventado los poetas. Su nombre se ha hecho un apodo divertido hasta en boca del mujick, y evoca en todo el mundo la imagen de un personaje amojamado, huesudo, de nariz corva, envarado en su coraza, verdadera caricatura del caballero y montado en un esqueleto de caballo, en el desgraciado Rocinante, siempre maltratado, siempre hambriento, y por el cual no puede uno menos de sentir una como compasión entre divertida y sincera.

Sí; don Quijote mueve a risa, pero a risa que integra una virtud conciliadora, una expiación. Si encierra una verdad el dicho: “De aquel te ríes a quien servirás,” puede añadirse: “Cuando te ríes de alguien, ya lo has perdonado, y aun no estás a dos dedos de quererlo.”

La figura de Hamlet, al contrario, es atractiva; su melancolía, su palidez y su ligera gordura predisponen a su favor. Su traje de terciopelo negro, la pluma de

su sombrero, su finura, su elocuencia y el sentimiento constante de su superioridad que se trasluce en su lenguaje a pesar de sus esfuerzos en humillarse; todo en él nos halaga y nos cautiva. No hay quien no se lisonjee de que le comparen con Hamlet, y nadie aspira a que lo califiquen de don Quijote.

¿A quién se le ocurriría burlarse de Hamlet? A nadie, y esta es su condenación. Es imposible quererlo, por la razón de que él a nadie quiere.

Todos simpatizamos con Hamlet, porque con más o menos fidelidad nos vemos todos en él retratados.

Hamlet es hijo de rey, de un rey asesinado por su propio hermano que le ha usurpado el trono; el soberano asesinado sale de la tumba, "de las quijadas del infierno," para ordenar a su hijo que lo vengue. Hamlet titubea, y usa de astucias consigo mismo, y a sí mismo se devora con voluptuosidad cruel, y cuando hiere a su suegro, dirige la casualidad su brazo.

Este profundo rasgo psicológico no siempre ha sido comprendido, y críticos ilustres, pero un poco superficiales, se lo han echado en cara a Shakespeare.

Don Quijote, pobre, casi indigente, sin recursos, relaciones ni familia, viejo, solo y esclavo de sí mismo, toma a su cargo el enderezar los entuertos y defender a los oprimidos del universo mundo, para él extraños.

Poco le importa que su primera tentativa de redención haga caer dos deventuras en lugar de una sobre la cabeza del inocente a quien se ha propuesto proteger. Así es que cuando sustrae un niño al castigo que le aplica su amo, no sospecha que tan pronto ha vuelto él la espalda, el amo redobla el castigo.

Nada le importa tampoco su engaño cuando, en la creencia de combatir a maléficos gigantes, embiste contra unos molinos de viento utilísimos.

El lector superficial sólo saborea lo jocoso de tales escenas, no su sentido profundo y oculto.

Jamás por jamás consumiría su sacrificio quien, en el instante de sacrificarse, quisiese prever las consecuencias posibles de su acción y calcular su utilidad.

Hamlet, previsor, astuto y escéptico, no puede caer en los groseros errores que el hidalgo manchego; no tomará molinos de viento por gigantes, pues no cree en éstos, y, por otra parte, si los encontrase, los dejaría en sosiego. Tampoco afirmará como don Quijote que la bacía del barbero es el yelmo de Mambrino, ni la ostentará en presencia de todos; pero asimismo desconocería la Verdad, aunque ésta se le presentase en forma humana... "¿Quién sabe?, dirá; tal vez pase con la Verdad lo que con los gigantes, que no los hay."

La credulidad de don Quijote nos hace sonreír, y, sin embargo, ¿quién, después de un verdadero examen de conciencia, se atrevería a afirmar que siempre ha sabido discernir la bacía del barbero del yelmo del mágico?

Por eso importa una sola cosa: la sinceridad y la eficacia de la convicción. En cuanto al resultado, queda en manos del Destino, único que puede decirnos si hemos batallado contra un espectro o contra enemigos reales y darnos a conocer el casco con que nos hemos cubierto la cabeza.

El deber consiste en requerir las armas y en luchar.

III

Interesante es el estudio de las relaciones de Hamlet y de don Quijote con el vulgo.

Al lado de Hamlet, Polonio representa el vulgo, y Sancho Panza llena el mismo papel junto a don Quijote.

Polonio es un viejo capaz, práctico, sensato, con ser al mismo tiempo de cortos alcances y excesivamente prolijo. Excelente mayordomo, es padre ejemplar, como se ve por los consejos que da a su hijo Laerte al salir éste para el extranjero. Pueden tales consejos compararse con las disposiciones y las sentencias dictadas por la sabiduría del gobernador Sancho en su ínsula Barataria.

A los ojos de Polonio, Hamlet tiene más de niño que de loco, y de no haber sido Hamlet hijo de rey, lo habría despreciado a causa de su absoluta ineptia y de su impotencia en poner en ejecución sus ideas. La escena tan a menudo citada de la nube, apoya esta interpretación:

Polonio (acto III, escena II).—Monseñor, la reina quisiera hablar con vos luego a luego.

Hamlet.—Voy. ¿Ves aquella nube que casi tiene la forma de un dromedario?

Polonio.—Por la misa, que es un dromedario hecho y derecho.

Hamlet.—Me parece que es una comadreja.

Polonio.—Sí, tiene el lomo de comadreja.

Hamlet.—O como el de la ballena

Polonio.—Cierto es, como el de la ballena.

Hamlet.—Pues dentro de poco iré a ver a mi madre.

Es evidente que Polonio es, en una pieza, un cortesano ganoso de complacer al príncipe y hombre razonable que no quiere contrariar al niño enfermo y caprichoso. Polonio no cree palabra de cuanto dice Hamlet, y hace bien; cree asimismo que la locura de Hamlet se origina del exceso de su amor por Ofelia; indudablemente se engaña, y con todo eso siempre juzga acertadamente el carácter del príncipe.

¿Qué aprovechan los hombres como Hamlet al pueblo? Nada le dan, ni lo conducen a ninguna parte, porque ningún fin persiguen.

Además, los Hamlets desprecian al vulgo, por la razón de que quien a sí no se estima no puede querer a los otros. Esto sin contar que a los ojos de Hamlet no merece el vulgo que en él se ocupen, porque ¡es tan grosero y tan desaseado!

Hamlet no es únicamente aristócrata por su cuna.

Sancho Panza ofrece muy otro aspecto que Polonio. Se burla de don Quijote, sabe que éste está loco; pero por tres veces deja pueblo, casa, mujer e hija para se-

guir al loco aquél, aguantar por él toda clase de vejaciones. Hasta la muerte se muestra Sancho fiel a su amo; cree en él, y de él está orgulloso, y solloza arrojado a los pies del lecho donde expira el hidalgo.

No hay que buscar las causas de tal fidelidad en el interés, en el afán de lucro. Sancho Panza tiene demasiado buen sentido para no comprender que el escudero de un caballero andante sólo puede esperar estacazos por toda recompensa.

Sancho obedece a un móvil más elevado; su fidelidad arraiga en la sublime calidad que posee el vulgo, la de abrazar ciegamente una causa honrada y buena [—¡ay! también tiene otras cegueras,— en su facultad de entusiasmarse por todo lo grande, olvidando su propio interés; lo cual, para el pobre, significa olvidar lo necesario.

Es esta una gran cualidad de importancia inapreciable y universal. El vulgo acaba siempre por aclamar y seguir, con fe ilimitada, a los hombres a quienes en un principio ha escarnecido y a los cuales más ha maltratado y maldecido, si tienen el valor de arrostrar sus persecuciones, sus maldiciones y sus befas, sin detenerse o sin acortar el paso, puestos los ojos en el hito que únicamente ellos pueden discernir; buscan incessantemente, caen, se levantan, y, por fin, hallan, como es justo, pues el corazón es el que halla.

Largo tiempo hace que Vauvenargue dijo que “del corazón arrancan los grandes pensamientos.”

Los hombres como Hamlet, al contrario, nada hallan ni descubren, ni dejan de su paso por el mundo otra cosa que el recuerdo de su propia personalidad; no legan herencia espiritual.

Como no aman ni creen, ¿qué han de hallar?

IV

Las relaciones del príncipe de Dinamarca y de don Quijote con la mujer no son menos características.

Don Quijote ama a una criatura imaginaria, Dulcinea, y está pronto a morir por ella; vencido, derribado, bajo la presión de la rodilla de su vencedor, exclama: "Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza y quitame la vida, pues me has quitado la honra." El hidalgo ama pura e idealmente, hasta el punto de que nunca sospecha que el objeto de su pasión no existe; cuando Dulcinea se le presenta bajo la forma de una aldeana rústica y nada limpia, no da crédito a sus ojos y declara que aquélla ha sido transformada por los maleficios de un encantador.

También yo he visto durante mi existencia a más de dos hombres que han dado su vida por una Dulcinea imaginaria o por algo que ellos creían grande y bello y era vulgar y mancillado; y cuando han visto desvanecerse el ideal ante la realidad, también han acusado de esta transformación a los malos, a los accidentes desastrosos, iba a decir a los encantadores.

Sí, yo he visto a hombres como esos, y una vez que haya desaparecido su raza, al cerrarse el libro de la historia... nada le quedará ya que enseñarnos...

En don Quijote no hay ni sombra de sensualismo, todos sus sueños son puros y castos; y aun es dado creer que en lo íntimo de su corazón no espera poseer a Dulcinea, antes parece temer esta unión.

¿Y Hamlet? ¿Es capaz de amar? ¿Por ventura su ingeniosísimo creador, aquel conocedor profundo del corazón humano, habría dado a un egoísta, a un escéptico henchido de sutil veneno del análisis, un corazón amante y fiel?

No; Shakespeare no incurrió en esta contradicción, y el lector atento descubrirá sin trabajo que Hamlet es sensual y aun, en secreto, libertino; no sin intención el cortesano Rosenkrantz se sonríe maliciosamente cuando Hamlet dice en su presencia que las mujeres se han vuelto para él importunas.

Por último, el mismo Shakespeare nos declara que su héroe no sabe amar, que simula el amor, y aun tíbiamente.

En la escena primera del acto III, Hamlet dice a Ofelia:

—“Te amé un día.”

Ofelia.—Así me lo hacías creer, príncipe.

Hamlet.—Era menester que no lo creyese... Nunca te he amado.

Al proferir estas palabras, Hamlet es más verídico de lo que no cree.

A menudo el príncipe siente por Ofelia, inocente y pura como una santa, de un modo cínico, por ejemplo cuando solicita de ella licencia para reclinar la cabeza sobre sus rodillas, y para expresar su amor sólo halla palabras redundantes y enfáticas. Por eso exclama: “Cuarenta mil hermanos no pueden amarla como yo. Amontonad sobre mí millones de montañas.”

En sus relaciones con Ofelia únicamente piensa en sí, sólo se ocupa en su personalidad, y en esta exclamación: “¡Oh ninfa, ruéga por mí,” sólo vemos un profundo sentimiento de su propia personalidad, de su incapacidad de amar; y la conciencia de esta debilidad es lo que le obliga a hincar supersticiosamente la rodilla ante “la santidad de la pureza.”

V

No insistamos sobre las tenebrosidades del carácter de Hamlet, por más que nos sean tanto más comprensibles cuanto más nos interesan, y veamos de apreciar lo que en él hay de humano, y por ende, de inmutable.

Hamlet encarna el elemento de la negación, elemento que otro poeta nos ha presentado bajo el tipo de Mefistófeles. Hamlet es Mefistófeles encerrado en el más pequeño círculo de la naturaleza humana; por donde, en el héroe de Shakespeare, la negación no es un mal, pues lucha contra el mal. El escepticismo del

príncipe duda del bien, pero no pone en tela de juicio la existencia del mal, contra el cual emprende aquél una lucha a muerte. Hamlet duda del bien, o mejor dicho, no se fía de él; no cree en su realidad, en su sinceridad; lo ataca, no porque es el bien, sino porque lo toma por un falso bien; un disfraz bajo el cual se esconden el mal y la mentira.

No es la de Hamlet la risa diabólica y sin compasión de Mefistófeles; en su sonrisa más amarga se trasluce la melancolía, una tristeza que nos revela sus dolores y con él nos reconcilia.

El escepticismo del príncipe dinamarqués no es la indiferencia, sino lo que constituye su valer y su trascendencia; el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, lo hermoso y lo feo no se confunden para él en algo accidental, ciego e inconsciente. Hamlet, a la par que se niega a creer en la inmediata realización de la justicia, entabla una lucha encarnizada contra la injusticia y se convierte en uno de los principales campeones de la verdad, en la que no puede creer enteramente. Pero, como el fuego, la negación encierra una fuerza devastadora; y ¿cómo mantener esta fuerza en sus justos límites? ¿Cómo mostrarle dónde ha de detenerse, qué ha de destruir y qué respetar cuando ambas cosas están unidas por indisoluble lazo?

Aquí es donde, como se ha observado con frecuencia, se descubre la parte trágica de la naturaleza humana; para obrar, es preciso querer y pensar; pero la voluntad se ha separado del pensamiento, y este divorcio es cada día más profundo.

“Así es como el vivo color de la voluntad natural desaparece al pálido reflejo del pensamiento,” dice Shakespeare por boca de Hamlet.

Hé ahí por qué vemos de un lado a los Hamlets pensativos, conscientes, que todo lo comprenden y abarcan y al mismo tiempo son inútiles, y están condenados por la esencia de su ser a la inmovilidad; y del otro lado a los semilocos, a los Quijotes que no son úti-

les a la humanidad y no la hacen avanzar sino porque ellos no ven sino un punto en el horizonte, punto que suele no existir en realidad como ellos lo ven.

VI

Un lord inglés, buen juez en la materia, decía que don Quijote era espejo de caballeros. Y en verdad, si la sencillez y los modales sosegados son el distintivo de un hombre bien educado, tiene don Quijote derecho a este título. El ilustre manchego es un *hidalgo* cumplido, que no deja de ser dueño de sí ni aun en el crítico instante en que la servidora del duque, para burlarse de él, so pretexto de hacerle la barba, lo jabona de lo lindo y jabonado lo deja. La sencillez de sus modales proviene de la ausencia en él de lo que llamaremos no ambición, sino una levantada opinión de sí mismo.

Nunca don Quijote se preocupa con su persona, se respeta a sí y respeta a los demás; no se le ocurre alardear, mientras que Hamlet, con rodearlo un cortejo principesco, a las veces tiene trazas de advenedizo; se turba, es inquieto, y en ocasiones impertinente; gallardea y hace burla de los demás. Pero a la par posee el dón de expresarse con originalidad y energía, facultad inherente a cuantos reflexionan y analizan, razón por la cual tal facultad falta a don Quijote. Ciertamente que Hamlet ha estudiado en la universidad de Wittemberg y que su penetración y su sutileza de análisis débense en parte a la variedad de sus conocimientos; tiene el gusto formado y casi irreprochable, y es crítico excelente, y sus consejos a los cómicos son notables por su precisión y por la viveza de ingenio que revelan. En él, el sentimiento de lo bello es tan grande como lo es el del deber en don Quijote.

El hidalgo manchego respeta profundamente todas las instituciones preexistentes: la religión, la monarquía, la nobleza, y, al mismo tiempo, quiere ser libre y reconoce la libertad de los demás.

Hamlet, al contrario, injuria a los reyes y a los cortesanos y guarda una conducta tiránica e intolerante.

Don Quijote apenas sabe leer, y Hamlet es indudable que ha escrito el diario de su vida; el hidalgo manchego, a pesar de su ignorancia, tiene muy definidas ideas sobre la cosa pública, o si decimos el estado y la administración; al príncipe dinamarqués no le queda vagar para formarse una opinión y nada le importan las teorías.

VII

Hase criticado grandemente a Cervantes por los innumerables estacazos que hace llover sobre don Quijote.

En la parte segunda de la novela, el desventurado caballero, como ya lo hemos hecho observar, no recibe golpe alguno. Con todo eso, no se olvide que las tribulaciones del hidalgo contribuyen en muy mucho a amenizar la relación, que sin ese *ingrediente* gustaría menos a los mozos, y que a nosotros mismos el héroe se nos ofrecería desde un punto de vista falso, y nos parecería frío, arrogante, en contradicción con su carácter.

Acabamos de decir que el glorioso Manco, en la parte segunda de su poema, no aporrea a don Quijote; sin embargo, al final, después de la derrota del hidalgo, vencido por el caballero de la Blanca Luna, cuando el de la Mancha renuncia a la andante caballería, poco antes de su muerte, véase hollado por una piara de puercos.

Este episodio ha provocado muchas críticas y se ha echado en cara a Cervantes el repetir añejas burlas, pero sin razón, pues a aquél lo guió felicísimamente el instinto de su ingenio: el burlesco lance de los puercos encierra un sentido profundo. Siempre los Quijotes se ven hollados por los puercos, sobre todo en sus postrimerías; es el tributo supremo que les corresponde pagar al destino grosero, a los hombres que no los com-

prenden y quedan indiferentes e insolentes... es la bofetada de fariseo. Después de haberla recibido, pueden morir en paz, han pasado por todo el fuego del crisol, han conquistado la inmortalidad, que se abre a sus ojos.

Hamlet, llegado el caso, puede mostrarse astuto y aun feroz, como en su discurso sobre la muerte de Polonio, a quien acaba de matar.

Por otra parte, hemos de reconocer en don Quijote, honrado y justo, una propensión semi-consciente y semi-inocente al engaño, a la ilusión.

Lo que a nuestros ojos enaltece más a Hamlet, es la amistad de Horacio. Este carácter es excelente, y, para honra de nuestros tiempos, lo encontramos con frecuencia en nuestra sociedad. Horacio es el tipo del discípulo, en la mejor acepción de la palabra. De carácter estoico y recto, y corazón expansivo. Horacio tiene la inteligencia algo *limitada*, siente su debilidad, y es modesto, cualidad rarísima en las inteligencias limitadas. Está igualmente ávido de instruirse, y reverencia al ingenioso Hamlet y se aficiona a él con toda la energía de su alma, sin reclamar correspondencia. Lo obedece no porque es príncipe, sino a causa de su superioridad.

Uno de los más importantes servicios que los hombres como Hamlet prestan a la humanidad, es el formar y desenvolver a hombres como Horacio. El cual halla en el príncipe las semillas del pensamiento, las hace fructificar en su corazón y las desparrama por el universo mundo.

Las palabras con que Hamlet reconoce el valer de Horacio, lo honran, pues expresan la elevada idea que él se forma de la dignidad del hombre, y prueban que sus aspiraciones son tan encumbradas, que nada puede contra ellas el escepticismo.

Un escéptico de buena fe siempre estima a un estoico. Cuando el mundo antiguo se venía abajo en ruinas, y en todos los tiempos revueltos, los hombres de valer se arrojaban en brazos del estoicismo, como único refugio en que no podía quedar aniquilada la digni-



dad humana. Cuando los escépticos no tienen el valor de partir "para la región de la que ningún viajero torna," se volvían epicúreos.

Fenómeno triste y comprensible y sobrado conocido.

VIII

Hamlet y don Quijote mueren ambos de un modo patético, pero ¡cuán diferente su respectivo fin!

Las postreras palabras del príncipe son hermosas; se humilla, se tranquiliza, ordena a Horacio que viva y se declara a favor del joven Forimbrás. Su mirada no descubre lo venidero; "todo lo demás es silencio," dice el escéptico al morir, y, en realidad, se calla para siempre.

La muerte de don Quijote abisma al alma en ternura inefable. En tan supremo instante, se revela a los ojos de todos toda la grandeza y toda la significación de aquel personaje.

Cuando, para consolar a su amo, Sancho Panza le dice que pronto saldrán en busca de nuevas aventuras, responde el moribundo: "Ya en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño: yo fui loco y ya soy cuerdo. Ya no soy don Quijote, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno."

Sorprendentes palabras; este nombre, mencionado por primera y última vez, conmueve al lector. Sí, es la única palabra que aún conserva su valor en presencia de la muerte.

Todo pasa, todo desaparece; los títulos más encumbrados, el poder, el ingenio que todo lo abarca... todo se deshace en polvo.

"Cuanto era grande sobre la haz de la tierra se dispersa como el humo."

Pero las buenas obras prevalecerán; son más duraderas que la hermosura.

"Todo pasará, dijo el apóstol, solamente perdurará el amor."